

CREENCIAS Y UTILIDADES SOBRE LAS SETAS Y LOS HONGOS EN EL MUNDO ANTIGUO: ENTRE LO REAL Y LO IMAGINARIO

Por Daniel BECERRA ROMERO

UNED.C.A. de Las Palmas

Abstract: Traditionally, mushrooms and the fungi have had a magical quality that has made them deserving of all types of beliefs and superstitions and have lead to the creation of myths and cults associated with them. Human beings, from very remote times, have used them for different purposes and intentions. The old world is no exception. In the present article we have wanted to examine some of these convictions that occur in classic sources to thus be able to understand their later evolution.

Key-words: Micology, superstitions, myths.

El descubrimiento de las cualidades curativas y prácticas de los hongos debió obligar a la humanidad a plantearse una serie de preguntas en torno a ellos—como sucedería con sus hermanas las plantas— especialmente en lo que respecta a aquellos que tienen propiedades psicoactivas o tóxicas. Al principio resultaría muy complejo averiguar qué tipo de hongo o de seta sería en verdad comestible y cual no. La mayoría de la población en la Antigüedad solo tendría dos formas de conocerlas con relativa certeza: correr el riesgo con la propia experimentación o la observación animal. Ambos métodos pueden ser igualmente peligrosos¹.

¹ En ocasiones el consumo de este tipo de productos puede generar graves trastornos gástricos y molestias intestinales e incluso, en un tiempo relativamente corto, la muerte. Ello se debe a que las micotoxinas no actúan siempre con la misma rapidez en el organismo por lo que su efecto puede sobrevenir tras varias horas o días. Sabemos que la observación animal es un método que se ha venido utilizado entre múltiples sociedades para saber si una planta o una especie determinada, en este caso un hongo, es comestible o no. Recientemente durante un estudio de campo pudimos comprobar como este sistema se ha llegado a emplear en las Islas en nuestros días. Nuestro informante nos comunicaba muy tranquilo que al ver como los conejos se las comían él se animó y le parecieron excelentes sin que

G. Maggiulli plantea una tercera vía para que pudieran saber si estaban ante un ejemplar comestible o no, si bien en cierta medida se trataría de una evolución de las dos anteriores: la religión. En la Antigüedad algunos árboles eran considerados sagrados y estaban vinculados a determinadas divinidades, como la higuera para los griegos cuyo fruto era considerado símbolo de la iniciación a una vida mejor. Entre los romanos, que la plantaron en el centro del foro y la denominaron Ruminalis², rememoraba aquella higuera bajo la cual fueron amamantados Rómulo y Remo y simbolizaba los propios orígenes de la ciudad. Igualmente la encina, cuyo fruto había ampliado la dieta de los hombres en el comienzo de los tiempos³ y era el árbol sagrado de los pastores, se encontraba consagrada a Júpiter. Situada en el Campidoglio —dentro de la mentalidad de la época— nunca podría haber producido setas venenosas. Todo lo contrario que ocurría con el ciprés, pues entre los romanos estaba vinculado a Plutón y era considerado símbolo de luto motivo por el cual las setas y los hongos que crecían a sus pies fueron de igual forma considerados portadores de muerte. No debemos olvidar que las supersticiones estaban muy arraigadas en este pueblo. G. Maggiulli recoge un pasaje de Plinio que comenta las características de las sombras que proyectan distintos árboles y donde expone que, entre otros, la del pino siempre es nociva. Por esta razón los hongos que crecen bajo dicho árbol serían venenosos. Así, en la Antigüedad el excelente *Suillus luteus* (Linneo: Fries) Roussel, conocido hoy día en Italia por «pinuzzo» o «pinarello», probablemente nunca sería recogido dado que crece bajo los pinos⁴. Por el contrario, siglos atrás, sus vecinos griegos no compartieron tal creencia ya que sabemos que Dífilo mencionaba y recomendaba recoger precisamente aquellas que crecían en torno a los olmos y los pinos, si bien es verdad que con precaución⁵.

El sorprendente y rápido crecimiento que experimentan las setas tras las lluvias, las caprichosas formas que en ocasiones adoptan e incluso su área de dispersión tuvo que incidir en ese tipo de preguntas y las diferentes respuestas que desde entonces se les ha dado. Como ha sucedido en otros campos el recurso a la mitología ha sido una fuente inagotable de soluciones para dar una explicación a aquello que desconocemos.

Dionisio de Halicarnaso es posiblemente el autor más antiguo que recoge un curioso episodio que podría estar relacionado con los hongos. La historia —re-

en este caso sintiera molestia alguna en ningún momento. Cabe aclarar que se trata de una persona que suele consumir habitualmente este tipo de producto por lo que el temor que muchas personas manifiestan hacia las setas no suponía ningún tipo de barrera. No obstante, es un método que no es aconsejable habida cuenta de las diferencias biológicas entre el ser humano y el resto del mundo animal. Acerca de este aspecto véase PACIONI, G. (2000): *Hongos*, pp. 39-40.

² El nombre proviene del término latino *rumis*, que era la antigua palabra para designar el pecho, es decir que la loba fue descubierta cuando les daba de mamar a los gemelos con su *rumis*, de donde deriva el nombre del árbol. Plin., *HN.*, XV, 77.

³ Hes., *Op.* 233; Eus. *PE.*, III, 7 (=Plu. Frag. 157 Edic. de Gredos).

⁴ MAGGIULLI, G. (1977): *Nomenclatura micologica latina*, pp. 78-79.

señada posteriormente por autores como Ovidio, Plinio o Plutarco— se desarrolla en el hogar de palacio sobre el que los romanos realizaban distintos sacrificios. El relato narra que en la residencia del rey Tarquinio el Viejo una sirvienta llamada Ocrisia Corniculana, al acercarse al hogar para arrojar al fuego las tortas y cumplir así con el rito de ofrecer las primicias de las comidas, observó como un falo surgía misteriosamente de entre las cenizas del fuego. Tanaquil, la esposa del citado rey, y otros adivinos señalaron que el significado era muy claro. La persona que se uniera a dicho falo engendraría un hijo de gran linaje. Puesto que Ocrisia fue la primera en verlo Tarquinio decidió que fuera ella quien se uniera a él. Así, engalanada como una novia fue encerrada sola en la estancia durante varios días⁶. De esa relación nacería Servio Tulio, el sexto monarca de Roma, que se mantendría en el poder durante más de cuarenta años. Para A. Stanley Pease si asumimos que en la leyenda las cenizas del hogar podrían representar a la propia Tierra, un aspecto —resalta— que no sería de extrañar en el pensamiento colectivo romano de la época (seguramente —aunque no lo mencione— relacionado con Vesta) sugiere que la imagen del falo podría tratarse en realidad de un hongo, el conocido *Phallus impudicus* Linneo: Persoon, de fuerte olor desagradable, cuyo curioso aspecto se le asemeja mucho; además a todo esto se añade su inusual rareza⁷. Sin embargo, aunque la hipótesis nos resulta sumamente interesante y sabemos que algunos hongos pueden crecer en terrenos o superficies quemadas no parece que este tipo en concreto pudiese hacerlo sobre cenizas.

Ovidio nos acerca, con total seguridad, a uno de los pocos datos que relacionan a estos pequeños seres vegetales con la mitología. De entre los múltiples textos de este prolífico autor será precisamente en la *Metamorfosis*, su obra más popular, donde podamos encontrar una referencia al tema que nos ocupa, concretamente en el episodio que hace referencia a la huida de Medea de Grecia tras engañar a las hijas del rey Pelias para que mataran a su padre. En su largo recorrido la hermana de Circe llegará a la ciudad de Efira, también denominada «*la puerta del Hades*» debido a su oráculo. Es en esta zona donde «*los antiguos*» —señala el poeta— contaban que en el comienzo de los tiempos surgieron de la tierra cuerpos humanos a partir de hongos nacidos tras las lluvias⁸. Como señalan C. Álvarez y R.M^a. Iglesias, esta leyenda no tiene paralelo en ninguna otra de las versiones de los orígenes del hombre⁹ lo que nos acerca aún más a su particular singularidad.

⁵ Ath., *Ep.*, II, 61D.

⁶ Otra leyenda cuenta que siendo niño Servio Tulio, mientras se encontraba durmiendo, un extraño fuego comenzó a brillar en su cabeza. El hecho causó tal conmoción que reyes y sirvientes se acercaron al niño. Así, todos contemplaron su rostro iluminado por el resplandor prueba de su nacimiento por el fuego y señal favorable para su hegemonía. D.H., IV, 2; Ou., *Fast.* VI, 627-635; Liu. I, 39.

⁷ STANLEY PEASE, A. (1947): «Mythology and mycology». *CPh*, vol. 42, 4, p. 253.

⁸ Ou., *Met.*, VII, 390-395.

⁹ ÁLVAREZ, C. e IGLESIAS, R.M^a., p. 441, nota nº810, en la edición de Cátedra.

No deja de ser curiosa la relación que se establece entre los hongos y el nacimiento de seres humanos y que recuerda a los diminutos personajes de los que hablan las leyendas siberianas, los «hombrecitos» de los relatos antropológicos mexicanos e incluso a determinadas imágenes de pinturas y grabados rupestres como las que se encuentran en el altiplano del Tassili-n-Ajjer (Argelia), donde aparecen pequeños seres antropomorfos convertidos en hongos u hongos antropomorfizados¹⁰. Igualmente se asemeja a una leyenda que recoge Marco Polo en su *Libro de las Maravillas*. Al describir la antigua provincia de Iuguristán (Turquía) cuenta que el nacimiento de su rey no fue por vía materna sino por un hongo y de él se decía que descendían sus sucesores. Aunque el autor veneciano no nos aporta su nombre sí que identifica aproximadamente cual sería su especie, pues aclara que es el mismo que en Europa se llamaba *esca*¹¹. Este término parece que se empleaba en la Edad Media para designar a la yesca y por extensión a una de sus más antiguas fuentes, es decir, al hongo yesquero, *Fomes fomentarius* (Linneo: Fries) Fries, por lo que debería de tratarse de la misma especie o una similar de la misma familia caso por ejemplo de *F. officinalis* (Vittadini) Bresadola. Por tanto en el caso de Ovidio cabría preguntarse si, como en las referencias anteriores, existiría una relación directa entre el mito y su funcionalidad pues coincidirían en un punto: la utilidad del hongo. A pesar de abarcar apenas dos líneas dentro de la obra del poeta lógicamente debió de tratarse de una tradición lo suficientemente conocida o importante como para que se preocupara en incluirla en el texto. Ante la falta de otros datos resulta muy difícil aventurar con cierta convicción de que tipo de hongo estaríamos hablando. W. Houghton a finales del s. XIX apuntaba que: «...considering the licentious nature of the people and the extent to which the worship of Afrodite prevailed in the city of Corinth, which in all probability was introduced by the Phoenicians; is it possible that the *Phallus impudicus* suggested the mythological tradition?» (HOUGHTON, W 1885:25). No obstante, podría tratarse de cualquier especie. Como se puede observar el debate está abierto.

Pausanias, en su interesante *Descripción de Grecia*, recoge una de las leyendas más citadas dentro de la literatura micológica, aunque muy poco estudiada. En dicha obra se comenta la posible relación que existía entre la creación de la ciudad de Micenas, fundada por el legendario Perseo, y los hongos. El nexa con nuestro tema se establece a partir de la palabra *mykes* que en griego antiguo significa hongo pero también se puede referir a la contera de la espada. Es decir que estaríamos hablando de una pieza metálica de refuerzo que se sitúa en la vaina. Cuenta Pausanias que tras su regreso a Argos, Perseo convenció a Megapentes para que le cambie el reino. Una vez realizado el cambio, en el lugar

¹⁰ BECERRA ROMERO, D. (2005): «Micología norteafricana. De la Prehistoria al mundo antiguo». *Vegueta* 8 (en prensa).

¹¹ POLO, M. [1477] (1997): *Libro de las Maravillas*, p. 131.

donde se le cayó la contera de su espada creyó ver un signo favorable de los dioses y decidió fundar la ciudad. La otra explicación que nos ofrece el autor de Lidia y que debía de correr de boca en boca —pues como él mismo nos indica se trata de una referencia de carácter oral— señala que el héroe teniendo sed recurrió a la extracción de un hongo del suelo para saciarse. Satisfecho y complacido por ello le daría al lugar el nombre de Micenas. El doble significado de la palabra explicaría así las dos versiones¹². Como ocurre con las referencias anteriores ante la escasez de datos resulta muy complicado señalar con exactitud una identificación de este hongo. Hay quien apunta que podría tratarse de *Mycena haematopus* (Persoon: Fries) Kummer, hipótesis que no podemos compartir por las razones que expon-dremos a continuación. En primer lugar se trata de una especie de reducidas dimensiones, de hecho ésta es una de las características del género *Mycena*. Su sombrero ronda los 2 cm y su pie aunque elevado —en torno a los 10-30 cm.— es muy delgado, entre 0,2-0,5 cm. Por otra parte a este tipo de hongo se lo conoce también por una propiedad muy particular; cuando se corta su pie desprende un líquido de color rojizo que recuerda a la sangre, motivo por el cual también se lo conoce por el nombre de pie sangriento o pie rojo. Como se desprende del texto de Pausanias, Perseo habría saciado su sed con el agua que acumulaba en su interior por lo que su tamaño debió de ser relativamente grande y no resulta comprensible que el héroe hubiese bebido un fluido semejante a la sangre sin que la leyenda no hiciera referencia a esta peculiaridad. Difícilmente hubiera podido tratarse pues de alguna especie de *Mycena*. Por otra parte el gesto de Perseo implica familiaridad con el mundo micológico de otra forma no se entendería la actitud del personaje frente al temor que generaban en la población griega que, en tono de burla, comentaba Epicarmo¹³. Sin embargo, a pesar de las escasas referencias que tenemos sobre su consumo en el mundo griego, gracias a Políoco o Epárquides sabemos que formaban parte de su dieta con seguridad al menos desde el s. V a. de C.¹⁴. En la siguiente centuria Antífanes recogía como comestibles los que crecían en torno a las encinas¹⁵, como por ejemplo *Leccinum lepidum* (Bouchet ex Essete) Quadraccia. Por tanto cabe preguntarse si podría tratarse de este mismo hongo, algún miembro del género *Boletus* o alguna especie similar de la familia Boletaceae cuyas características lo ajustarían más al mito. De hecho a sus miembros sí se los estruja precisamente en busca de su agua que, si

¹² Paus. II, 16, 3. Para M^oC. Herrero Ingelmo la referencia a la ciudad de Micenas posiblemente se trataría de un topónimo pregregio que no tendría nada que ver con el término griego (HERRERO INGELMO, M^oC., p. 255, nota n^o98, del vol. I en la edición de la obra de Pausanias de Gredos).

¹³ Ath., Ep. II, 60E-F.

¹⁴ Hp. Ath., Ep., II, 60B; 61B. Incluso en los *Tratados hipocráticos* podemos encontrar un método eficaz ante un caso de intoxicación cuya rapidez en la forma de actuación no se explicaría si no existiese la costumbre de comerlos. Véase GRMEK, MD. (1984): «Intoxication par les champignons dans l'Antiquité grecque et latine». LMS 4, pp. 29-32.

¹⁵ Ath., Ep., II, 60D.

el tiempo ha sido especialmente lluvioso, se acumula en gran cantidad especialmente en su sombrero¹⁶.

Esta relación que identifica un lugar con un hongo no resultaría extraña si tenemos en cuenta que la palabra griega *agarico* probablemente provenga de la antigua ciudad de Agaria en Sarmacia o que el término latino *amanita* pudiera derivar de los Montes Amanos en Asia Menor¹⁷. Lo mismo ocurre con el origen de la palabra *boletus* que para algunos autores sería una derivación del griego *bolites* pero que para otros sería al contrario, es decir que de la palabra griega provendría de la latina, un latinismo. En este sentido cabe la posibilidad de que proceda de la antigua ciudad de Boletum en la Hispania Tarraconense, es decir, que podría tratarse de la actual Boltaña en el Pirineo hoscense. Aspecto que no sería de extrañar en un lugar donde existe una gran tradición micológica, probablemente heredada de tiempos antiguos. De hecho, parece que este término lo recoge por primera vez Séneca —que recordemos escribía sus obras en griego— y, posteriormente, aparece en otros autores de origen hispano. Ello unido a la ubicación espacial de la ciudad refuerzan, de acuerdo con A.A. Imholtz, esta hipótesis del origen de dicho término¹⁸; curiosamente parecido en su etimología al de la ciudad de Micenas.

Éstas no son las únicas extrañas y al mismo tiempo insólitas creencias que la mentalidad popular del mundo antiguo sostuvo sobre los hongos, algunas de las cuales incluso han llegado a nuestros días como ahora veremos. Entre los numerosos motivos por lo que se pensaba que eran venenosos Dioscórides recoge varios factores. Entre ellos se encontraba el hecho de crecer en las inmediaciones de cuevas o próximos a ellas y en cuyo interior habitasen serpientes o que nacieran cerca de clavos herrumbrosos o árboles especialmente dañinos¹⁹. Plinio también se hace eco de este tipo de noticias²⁰ añadiendo uno de los convencimientos más comunes: la plata como elemento de seguridad. Verdaderamente carece de todo fundamento científico emplear como indicio de toxicidad la observación del ennegrecimiento de una cuchara o moneda de plata al hervir los hongos, costumbre de gran arraigo en la tradición popular. Quizás dicha costumbre arranque de esta etapa del mundo romano pues el naturalista latino recoge que los hongos eran el último descubrimiento gastronómico y que había quien recurría a cuchillos de ámbar y accesorios de plata para comerlos²¹, tal vez para no estropear tan suculento manjar o con el fin de detectar aquellos menos deseables²². Lógicamente creían que la plata se ennegrecería al contacto con los hongos

¹⁶ Quisiera expresar mi agradecimiento al biólogo Vicente Escobio García, Presidente de la Asociación Micológica de Gran Canaria, por este dato.

¹⁷ IMHOLTZ, A.A. (1977): «Fungi and place-names, the origin of Boletus.» *AJPh*, vol. 98, 1, p. 71.

¹⁸ *Ibid.*, 73-76.

¹⁹ *Dsc.*, IV, 82, 1.

²⁰ Plin., *HN*. XXII, 46, 95.

²¹ Plin., *HN*. XXII, 47, 98-99.

²² JONES, W.H.S. nota a, p. 364, vol. VI, de la *Historia Natural* de Plinio en la edición de Loeb.

venenosos²³. Otra creencia bastante arraigada dictamina que si al hervir los hongos se vuelven negruzcos o se endurecen es síntoma inequívoco de peligrosidad. Este convencimiento que nos llega como mínimo en el s. III a. de C. se lo debemos a Dífilo, quien además aportaba algunos remedios para evitar su veneno como prepararlos con miel, sal, vinagre o ojimiel²⁴. Otros métodos que recogen Dioscórides o Plinio no dejan de ser igualmente anecdóticos, nos referimos a su cocción con peras²⁵. La ponzoña de los hongos y de las setas viene dada por cuestiones de carácter genético y por tanto no deriva del contacto con materiales mugrientos o la presencia de reptiles en sus cercanías. La única forma que existe para determinar si una especie es comestible o no es analizando sus características morfológicas. De nada sirve recurrir a metales como la plata o a otros remedios caseros dado que pueden llegar a provocar serios problemas. Si bien es cierto que algunas especies necesitan de cocción para ser consumidas es igualmente cierto que las micotoxinas no siempre desaparecen tras este proceso.

En algunos casos su origen también fue objeto de especulaciones. Por ejemplo Nicandro creía que se trataba de una excrecencia de la tierra, una especie de fermento mortífero que relacionaba con el veneno de las serpientes; mientras que para Plinio se encontraba en una especie de flema que exudaban los árboles —lo que permitía que crecieran en sus troncos y raíces— y en los jugos de la tierra húmeda y el cieno²⁶. Quizás por todo ello Porfirio —según recoge Andrés de Laguna— pensaba que los hongos eran hijos de algunos dioses ya que parecían nacer sin simiente²⁷. Sin embargo, en nuestra opinión, la más curiosa de todas las explicaciones es la del origen de las trufas, que surgían de la tierra tras las tormentas especialmente si habían rugido los truenos y sus rayos golpeado la tierra. Su antigüedad se remonta al menos al s. IV a. de C. pues está constatada por los comentarios sobre Teofrasto recogidos por Apolonio y Ateneo²⁸. Este último autor recoge otro convencimiento que también señalaba el botánico griego, el de considerar que tiene un origen seminal, motivo por el cual los habitantes de la costa de Mitilene —que lógicamente debían de consumirlas— afirmaban que hasta que no se produjeran lluvias en abundancia y por tanto bajase la semilla de una cadena de colinas cercana, llamadas Tiaras, las trufas no se podrían localizar²⁹. Los mismo datos que serían recogidos por Plinio siglos después, sin

²³ ANDRÉ, J. *Commentaire en Pline l' Ancien, Histoire naturelle*, XXII, p. 107, línea 99, 1.

²⁴ Ath., *Ep.*, II, 61D-E.

²⁵ Dsc., I, 116; Plin., *HN*. XXII, 47, 99; XIII, 60, 115-116.

²⁶ Nic. *Alec.* 521-525; Plin., *HN*. XXII, 46, 94; 47,96.

²⁷ Dsc. IV, 84; p. 430. Tomamos este dato de la versión castellana que Andrés de Laguna realiza en el s. XVI, en la edición valenciana de 1677. Sobre las distintas versiones del texto de Dioscórides véase la introducción a su estudio que realiza M. García Valdés en la edición de Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1998.

²⁸ Apollon., *Mir.* VIII, 46; Ath., *Ep.*, II, 62B. El dato de Apolonio lo tomamos de la obra de H.O. LENZ (1859): *Botanik der alten griechen und romer*, p. 766.

²⁹ Ath., *Ep.*, II, 62B-C.

que aporte más datos. No obstante, este hecho no debe de hacernos pensar que la creencia del nacimiento de las trufas por los truenos no se encontraba bien asentada en la mentalidad popular romana. Al contrario, quizás por su afición a este plato debió de hallarse muy arraigada. Basta a acudir a Plutarco para confirmar este punto.

Es en *Charlas de sobremesa* donde narra este firme convencimiento mediante la descripción de una conversación aparentemente informal. Aprovechando que Agémaco sirvió varias trufas de gran tamaño en una cena, que sorprendieron a algunos de los invitados y generaron las burlas sobre aquellos que creían que éstas provenían de los truenos, Plutarco corrobora este punto y además aporta algunas explicaciones que lógicamente, rechazan este planteamiento. Sin embargo, Agémaco se muestra profundamente convencido por la historia, de modo que para reafirmar sus argumentos acude a otros ejemplos también de difícil solución. En ese momento Plutarco realiza una aproximación mucho más racional al tema. Doroteo, profesor de retórica que también se encontraba presente, acude en apoyo de Plutarco y finaliza el tema sentenciando que en realidad por mucho que se discuta sobre él tras la razón permanece siempre el convencimiento personal que dictamina nuestra opinión final³⁰. Poco después Juvenal en una de sus sátiras vuelve a incidir en el papel que juegan las tormentas en su nacimiento. En la quinta sátira las trufas hacen acto de aparición al final del banquete, momento que aprovecha para comentar que se producen en primavera y su señalar su relación con los truenos³¹. El tono satírico de la narración indica claramente que el autor latino utilizaría esta creencia para reforzar aún más el carácter irónico de la escena que se desarrolla, tanto por ser un producto caro como quizás escaso.

En la Antigüedad la medida del paso del tiempo y de las estaciones venía definida por unos marcadores diferentes a los actuales. Los habitantes del mundo antiguo, incluidos aquellos que vivían en las ciudades, eran mucho más observadores del cielo y de los cambios en la tierra que sus actuales moradores. Hoy día numerosas creencias y costumbres de carácter común sólo sobreviven en el campo, pero no siempre fue así. El mordaz ateniense Aristófanes, uno de los máximos exponentes de la llamada Comedia Antigua, nos ofrece una muestra de este tipo de saberes. En un pequeño pasaje de *Las avispa*s narra este comediógrafo lo que debía de ser una práctica habitual para conocer los cambios de tiempo. Lo hace mediante una observación en apariencia corriente pero que nos permite ahondar en la veracidad de la sabiduría popular. Se trata del aviso del crecimiento de hongos en unas antorchas, signo inequívoco de la llegada de las lluvias³². Debemos de tener en cuenta que en la Grecia antigua aunque la mayor parte de la población era analfabeta tal y como lo entendemos hoy día, sí que podía llegar

³⁰ Plu., *Quaest. conv.*, 664B-665E.

³¹ Iuu., V, 114-118.

³² Ar., V., 255-265.

a identificarse o reconocer a los personajes y sus actos en las obras representadas por lo que este tipo de alusiones debían de ser bien conocidas. Por tanto, su importancia radica no solo en que nos ofrece un dato que difícilmente podremos localizar en un yacimiento arqueológico sino también en un conocimiento fuertemente arraigado en la tradición popular.

Aristófanes no es el único autor griego que menciona este dato. También Arato lo recoge en su poema *Fenómenos*. Su amplia fama literaria se perpetuó gracias precisamente a esta obra, un poema didáctico-astronómico distribuido en tres grandes bloques donde realizaba una descripción de las estrellas fijas, una exposición de los amaneceres y ocasos de las estrellas y, por último, presenta una discusión acerca de varios signos meteorológicos. Es en esta última parte cuando, al comentar los signos que avisan de los fenómenos atmosféricos y sus cambios y, más concretamente, de aquellos que avisan de la llegada de las lluvias, cita que durante las noches húmedas los hongos crecen en torno a la mecha de las lámparas³³.

Los romanos también conocieron las propiedades prácticas de algunos hongos, como se deduce de *Las Geórgicas* de Virgilio. En esta obra presenta un modelo didáctico semejante a *Los trabajos y los días* de Hesíodo, pues versa entre otras cuestiones sobre la agricultura, la cría de ganado, cultivo de la vid y la apicultura. Con ello Virgilio busca además otro objetivo, que sus compatriotas reflexionen sobre sus mejores valores como pueblo de campesinos. En un pequeño párrafo descubrimos como son las mujeres mientras tejen quienes deducen la llegada del mal tiempo al observar el chisporrotear del aceite de una lámpara y como a su lado se iba formando un hongo blando, señal inequívoca de la proximidad de una tormenta y de un cambio en la humedad ambiental³⁴. Es decir, pronosticaban la llegada de las lluvias a partir de la observación de la naturaleza, aspecto imprescindible en una cultura tradicionalmente agrícola como es la mediterránea.

Séneca cuando expone sus teorías sobre los cometas comenta que Aristóteles afirmaba que los hongos eran señal de tempestad, de vientos y lluvias. El filósofo al defender su planteamiento recurre a la misma observación que en la centuria anterior manifestaba Virgilio, mostrándonos así una lógica continuidad en este tipo de saberes³⁵.

Por último, en fechas cercanas al comienzo de la Edad Media, Avieno al traducir al latín parte de las antiguas obras capitales griegas se unía al movimiento que pretendía la restauración de la herencia clásica frente al avance y afianzamiento del cristianismo. Además de la *Descripción del orbe terrestre y Costas marítimas*, tradujo los *Fenómenos* de Arato pero no limitándose simplemente a ello, sino que lo amplió con comentarios propios. Precisamente es en sus comentarios cuando,

³³ Arat. 975-976.

³⁴ Verg., G., I, 390-393.

³⁵ Seneca., QN., VII, 28, 1.

al explicar cuales son las señales de lluvia, volvemos a encontrar la referencia a los hongos que crecen en las lamparas de barro durante la noche, signo que anuncia la llegada inminente de precipitaciones³⁶. Ello implica que al menos desde el siglo V. a de C. hasta estas fechas existe una continuidad en este saber, algo por otra parte lógico pues se trata de un conocimiento eminentemente práctico y sería muy extraño que no hubiese sobrevivido hasta tiempos relativamente recientes o al menos hasta la sustitución de las lámparas de barro por piezas metálicas más duraderas.

Isidoro de Sevilla escribe sobre los hongos —*fungi*— y comenta que se le llama alimento porque cuando están secos arden con facilidad —de hecho las tropas romanas los empleaban precisamente como yesca— motivo por el cual se los relacionaba con el vocablo *phos*. De ahí que al nutrir al fuego y al estómago recibieran ese nombre. También explica que *fomes* es el nombre que recibe la astilla que salta de los árboles cuando se cortan o la quemada e incluso la madera vacía, nombre que a su vez deriva de *fungus*, mecha, porque es así como arde³⁷. Por lo datos que nos ofrece estaría mencionando alguna especie del género *Fomes* al que antes aludimos, posiblemente *F. fomentarius* (Linneo: Fries) Fries. Puesto que no se trata de un hongo apto para el consumo sino, al contrario, es medicinal, únicamente podría servir de alimento a la llama pero no al cuerpo. Por tanto o bien estaríamos ante un juego de palabras o bien el autor latino habría sufrido una confusión con las distintas especies comestibles, algo que no sería de extrañar dado que —como señalaba Plinio— únicamente las gentes del campo y aquéllos que se dedicaban a recogerlas sabían identificarlas³⁸. El miedo a una intoxicación o un envenenamiento siempre estaba presente.

Además de su propiedad para facilitar la creación de un fuego el género *Fomes* siempre se ha empleado desde hace siglos por sus virtudes terapéuticas siendo el hallazgo del hombre de los hielos del Tirol uno de los ejemplos más significativos. Ahora bien, para el mundo griego el texto más antiguo que hace mención a este hecho se lo debemos a Hipócrates, quien lo utiliza como cicatrizante y cauterizador de heridas³⁹. Ello induce a pensar que debía de tratarse de un remedio bastante común o popular, al menos entre la clase médica, un claro indicio de la continuidad temporal de su conocimiento. Celio Aureliano, médico del s. V d. de C., casi mil años después recoge, en *Tardae passiones*, que el hongo que aplicaba el médico de Cos procedía de un árbol y que era muy poroso y combustible. El tratamiento consistía en aplicarlo sobre la parte afectada, prenderle fuego y dejar que se fuera consumiendo hasta convertirse en cenizas⁴⁰. La

³⁶ Auien., *Arat.*, 1719-1720.

³⁷ Isid., *Etym.* XVII, 6,26.

³⁸ Plin., *NH.* XXII, 94-95.

³⁹ Hp., *Int.* 18; 24-25, 30; 51.

⁴⁰ Cael. Aur., *TP.* V, 20 citado por A. Alamillo Sanz y M.^ªD. Lara Nava, nota nº 54, p. 230 del vol. VI de los *Tratados Hipocráticos* en la edición de Gredos.

descripción de este último caso parece estar haciendo referencia a algún tipo de hongo del género *Fomes*, posiblemente al ya citado *F. fomentarius*, mientras que en el caso de Hipócrates, como apuntaba A.H. Reginald Buller, podría estar refiriéndose a este mismo hongo⁴¹ o bien podría ser tal vez algún tipo de *Lycoperdon*, quizás *Langermannia gigantea* Batsch ex Pers, el pedo de lobo, debido a sus virtudes antibióticas, sus facultades para desecar úlceras y detener las hemorragias.

Otro hongo muy valorado por sus propiedades curativas fue el agárico, especie de difícil identificación de la que ya nos ocupamos en parte en un artículo anterior⁴². Dicha dificultad estriba en diferenciar las dos especies que se citan, el agárico macho y el agárico hembra. Por lo datos que disponemos parece que el primero se correspondería con *F. fomentarius*; reconocer al segundo resulta mucho más complejo y no se ha llegado a establecer un acuerdo entre los distintos especialistas.

La adaptación al medio es una necesidad que cualquier soldado profesional conoce perfectamente como parte de su instrucción y formación, mucho más si se encuentra de maniobras o en pleno conflicto bélico. Precisamente es en este contexto donde volvemos a encontrar una curiosa utilidad de estos complejos seres vegetales esta vez de la mano del historiador Dion Casio. Al comentar la primera campaña del emperador hispano Trajano (53-117 d. de C.) contra los dacios recoge una peculiar anécdota. Cuenta que estando acampado el ejército romano cerca de la ciudad de Tapae⁴³, llegó un mensaje de los Buri y otros pueblos aliados donde se aconsejaba a Trajano que firmara la paz y finalizara la contienda. El dato más interesante es el soporte donde se inscribe el mensaje, un gran hongo⁴⁴. A falta de otros datos sólo podemos especular con la especie elegida para tal fin. No obstante no deja de llamar la atención el empleo de tan inusual recurso para transmitir un mensaje, más aún si tenemos en cuenta la rapidez con que se puede llegar a deteriorar. Por ello creemos que podría tratarse de algún miembro de la familia de los Boletaceae, como *Boletus edulis* Fries por su amplia superficie, o bien algún miembro de la familia de los Polyporaceae de los géneros *Polyporus* o *Ganoderma*, que por sus características permitiría conservar el texto durante un largo recorrido⁴⁵ y que por su aspecto externo —semejante al hongo yesquero— podría ser familiar a los soldados.

⁴¹ REGINALD BULLER, A.H. (1915): «The fungus lore of the greeks and romans». *Transactions of the British Mycological Society*, 5, pp. 46-47.

⁴² BECERRA ROMERO, D. (2005): «Micología norteafricana. De la Prehistoria al mundo antiguo». *Vegueta* 8 (en prensa).

⁴³ En el territorio de la actual Rumanía.

⁴⁴ D.C., LXVIII, 8, 1.

⁴⁵ Una vez más quisiera agradecer al biólogo Vicente Escobio García, Presidente de la Asociación Micológica de Gran Canaria, sus comentarios a este dato.

Por último, el caso de Luciano de Samósata es un poco más complejo. En uno de sus *Diálogos* va a recurrir a los hongos para utilizarlos como metáfora para expresar el parecido de los escudos de los hoplitas con éstos. El texto, una suerte de sátira de la literatura fantástica de la época, ironiza sobre los relatos de prodigiosos y de lejanos viajes dentro de la llamada «literatura de evasión», tan enraizada en el espíritu imaginativo heleno. Es por este motivo que el autor al describir el ejército enemigo de Endimión recurre a la comparación con los hongos denominando a los soldados *Kaulomyketes*, es decir tallohongos. Expresaba así un difícil juego de palabras donde las setas actuarían de escudos y las lanzas los asemejaban a tallos de espárragos⁴⁶.

Como puede observarse la cantidad de información que nos suministran las fuentes clásicas es muy abundante a la par que interesante, a poco que nos acerquemos a su estudio. En esta ocasión no hemos entrado a valorar su utilidad más conocida, nos referimos a la gastronómica, la más obvia. No obstante, creemos que la muestra aquí representada es lo suficientemente amplia como para como para asegurar que —al igual que hoy día— los hongos y las setas estuvieron presentes en determinados campos del saber y se emplearon en varios usos domésticos. Muchas de estas creencias sobrevivieron a lo largo de los siglos adaptándose a los procesos y cambios históricos hasta alcanzar la actualidad. Su origen misterioso, el miedo a envenenarse y la fantasía contribuirían a la creación de un importante corpus de mitos populares.

⁴⁶ Luc., *VH.*, I, 6.

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras modernas

- ANDRÉ, J. (1981): *L'alimentation et la cuisine á Rome*. París.
- BECERRA ROMERO, D. (2005): «Micología norteafricana. De la Prehistoria al Mundo Antiguo», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 8 (en prensa).
- BROTHWELL, D. y BROTHWELL, P. (1969): *Food in Antiquity*. London.
- CETTO, B. (1979-1980): *Guía de los hongos de Europa*. 3 v. Italia.
- DE LAGUNA, A. (1996): *Pedacio Dioscórides Anazerbo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos. Traducidos de lengua griega, en vulgar castellana, e ilustrado con claras, y sustanciales anotaciones, y con las figuras de innumerables plantas exquisitas, y raras, por Andrés de Laguna, médico de Julio Tercero, Pontífice Máximo, 1677*. Valencia. (Facsimil).
- FONT QUER, P. (1995): *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Barcelona.
- GRMEK, M.D. (1984): «Intoxication par les champignons dans l'Antiquité grecque et latine», *Littérature, Médecine, Société*, 4, pp.17-52.
- HOUGHTON, W. (1885): «Notices of fungi in greek and latin authors», *Annals and Magazine of Natural History*, XV, 5, pp. 22-49.
- HOWATSON, M.C. (2000): *Diccionario de la Literatura Clásica*. Madrid.
- IMHOLTZ, A.A. (1977): «Fungi and place-names, the origin of Boletus», *The American Journal of Philology*, 98, 1, pp. 71-76.
- LAZZARI, G. (1973): *Storia della micologia italiana*. Trento.
- LENZ, H.O. (1859): *Botanik der alten griechen und romer*. Gotha.
- MAGGIULLI, G. (1977): *Nomenclatura micologica latina*. Genova.
- PACIONI, G. (2000): *Hongos*. Toledo.
- PALAZÓN LOZANO, F. (2001): *Setas para todos*. Huesca.
- PAULET, J.J. (1793): *Traité des champignons*. París.
- POLO, M. [1477] (1997): *Libro de las Maravillas*. Traducción de M. Armiño. Barcelona.
- RIESCO ÁLVAREZ, H.B. (1993): *Elementos líticos y arbóreos en la religión romana*. León.
- STANLEY PEASE, A. (1947): «Mythology and mycology», *Classical Philology*, 42, 4, p. 253.
- VÁZQUEZ PARDO, F. *et alii* (2004): «Aproximación al catálogo de las especies del orden de los Boletales (Basidiomycetes Fungi) en Extremadura (España)», *Revista de Estudios Extremeños*, LX, 3, pp. 1255-1291.

2. Fuentes clásicas

- ARATO (1993): *Fenómenos*. Traducción de E. Calderón. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- ARISTÓFANES (1993): *Comedias*. Traducción de L.M. Macía Aparicio. Ediciones Clásicas. Madrid.
- ATENEO (1998): *Banquete de los eruditos*. Libros I-II. Traducción de L. Rodríguez-Noriega Guillén. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- ATHENAEUS (1969): *Deipnosophistae*. Libros I-III.106e. Traducción de C.B. Gulick. Loeb Classical Library. Great Britain.
- AVIENO (2001): *Fenómenos. Descripción del orbe terrestre. Costas marinas*. Traducción de J. Calderón Felices. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

- DIO CASSIUS (1990): *Roman history*. Libros LXI-LXX. Traducción de E. Cary. Loeb Classical Library. Great Britain.
- DIONISIO DE HALICARNASO (1984): *Historia antigua de Roma*. Libros IV-VI. Traducción de A. Alonso y C. Seco. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- DIOSCÓRIDES (1998): *Plantas y remedios medicinales*. Traducción de M. García Valdés. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- HESÍODO (1983): *Obras y fragmentos*. Traducción de A. Pérez Jiménez y Martínez Díez. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- HIPÓCRATES (1990): *Tratados hipocráticos*. Vol. VI. Traducción de A. Alamillo Sanz y M.D. Lara Nava. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- ISIDORO DE SEVILLA (1993-1994): *Etimologías*. Ed. de J. Oroz Reta y M. Marcos Casquero. Biblioteca de autores cristianos. Madrid.
- JUVENAL (1991): *Sátiras*. Traducción de M. Balash Recort. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- LUCIANO (1981): *Obras*. Traducción de A. Espinosa Alarcón. Vol. I. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- NICANDER (1973): *The poems and poetical fragments*. Ed. de A.S. Gow y A.F. Scholfield. N.Y.
- OVIDIO (1973): *Fastorum libri sex*. Vol. III. Traducción de J.G. Frazer. Georg Olms. Germany.
- (1988): *Fastos*. Traducción de B. Segura Ramos. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- (1995): *Metamorfosis*. Traducción de A. Ramírez de Verger y F. Navarro Antolín. Alianza. Madrid.
- (1997): *Metamorfosis*. Traducción de C. Álvarez y R.M^a. Iglesias. Cátedra. Madrid.
- PAUSANIAS (1994): *Descripción de Grecia*. Libros I-II. Traducción de M^a.C. Herrero Ingelmo. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- PLINE L'ANCIEN (1970): *Histoire naturelle*. Livre XXII. Traducción de J. André. Les Belles Letres. París.
- PLINY THE ELDER (1989): *Natural history*. Libros XX-XXIII. Vol. VI. Traducción de W.H.S. Jones. Loeb Classical Library. Great Britain.
- PLUTARCO (1987): *Obras morales y de costumbres (Moralia)*. Vol. IV. Traducción de F. Martín García. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- SÉNECA (1979): *Naturales quaestiones*. Traducción de C. Codoñer Merino. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- THEOPHRASTUS (1980-1990): *Enquiry into plants and minor works on odours and weather signs*. Traducción de A. Hort. Loeb Classical Library. Great Britain.
- (1990): *De causis plantarum*. Libros V-VI. Traducción de B. Einarson y G.K.K. Link. Loeb Classical Library. Great Britain.
- TITO LIVIO (1990): *Historia de Roma*. Libros I-III. Traducción de J. A. Villar Vidal. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- VEGECIO (1999): *Medicina veterinaria*. Traducción de JM^a. Robles Gómez. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- VIRGILIO (1990): *Geórgicas*. Traducción de T. de la Ascensión Recio García. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.